



Domingo II del Tiempo Adviento -(Ciclo - C)



I. NOTAS EXEGÉTICAS

Baruc 5, 1-9

Baruc fue el secretario y colaborador del profeta Jeremías en el siglo VI a.C. Sin embargo, no hay ninguna probabilidad de que el libro que lleva su nombre haya sido escrito por él; este fue escrito por un autor anónimo muy probablemente de finales del siglo III o comienzos del siglo II a.C. y atribuido a Baruc.

La obra está ambientada ficticiamente durante el exilio, ocurrido varios siglos atrás. Comienza con una introducción histórica, seguida de una súplica penitencial de los desterrados y una invitación a buscar la sabiduría. La sección final del libro (4,5-5,9), de donde ha sido tomado el fragmento de hoy, es un oráculo de restauración o salvación. Este oráculo de salvación es la respuesta de Dios a la oración penitencial de los desterrados (1,15-3,8). Es un oráculo muy esperanzador, pues anima a recuperar el ánimo. Jerusalén aparece como una viuda sin hijos y abandonada, que suplica e intercede por sus hijos. Esas súplicas alcanzan el favor del Altísimo, que la consuela y le devuelve su alegría y esplendor.

El profeta pronuncia un mensaje muy reconfortante de fe y esperanza: Dios restaurará la vida y la felicidad después de la catástrofe y el exilio. Dios ordena a la naturaleza disponer las mejores condiciones para traer de vuelta a su pueblo a la tierra.

Filipenses 1,4-6.8-11

Filipos era una próspera ciudad en la provincia griega de Macedonia, donde Pablo fundó una comunidad cristiana en el año 49 d.C. Los filipenses permanecieron fieles a Pablo, le tuvieron mucho cariño. Por eso, la carta refleja un carácter familiar y confidencial entre Pablo y esa comunidad. Es probable que la carta fuese escrita hacia el año 56, cuando Pablo estaba prisionero en Éfeso. Desde allí les escribe agradeciéndoles la ayuda que le han enviado por medio de Epafrodito. El fragmento que leemos hoy forma parte de la acción de gracias y súplica con que comienza la carta. La amistad que los une no se limita a este mundo sino que se prolonga en la eternidad, en "el día de Cristo". La gran preocupación que tiene Pablo es que el evangelio de Jesús se extienda y transforme a la humanidad.



Lucas 3, 1 - 6

En este segundo domingo de Adviento escuchamos la voz del más grande de todos los profetas: Juan Bautista. Él fue el encargado de preparar un pueblo bien dispuesto para la llegada del Salvador; invitó a la conversión y enseñó a la gente de su tiempo a caminar en la esperanza. Lucas siguiendo el estilo de los historiadores helenistas, encuadra la predicación de Juan en su contexto histórico, para ayudarnos a comprender que la venida del Mesías tuvo lugar en un tiempo y un lugar concreto de la historia humana.

Lucas narra la vocación y misión de Juan Bautista inspirándose en la del profeta Jeremías. Después de permanecer en el desierto en la soledad y la penitencia, es llamado por Dios a predicar “un bautismo de conversión” para exhortar a todos a volver a Dios, abandonar el pecado y a disponerse para acoger al Salvador. El signo expresivo y compromiso público de esa conversión era el bautismo en el Jordán.

La predicación de Juan actualiza el mensaje del Deuteroisaiás (Is 40, 3-5) que se refiere al retorno de los exiliados a Babilonia. A estos los exhorta a preparar en el desierto un camino recto al Señor, quitando todo obstáculo, rectificando el rumbo para que llegue el Mesías sin dificultad. La cita termina con una promesa bellísima: “y todos verán la salvación de Dios”.



II. PISTAS PARA LA HOMILÍA

- Llegamos a la segunda etapa de nuestro camino de preparación a la venida del Señor y hemos encendido la segunda vela de la corona de Adviento, avivando en nosotros el deseo de prepararnos más intensamente para acoger al Salvador que quiere renovar en nosotros la gracia de su Encarnación y su Nacimiento en esta Navidad. Después de siglos y siglos de espera, se escucha en el desierto la voz profética de Juan Bautista que despierta con sus palabras de fuego la conciencia de la gente de su tiempo. Es la palabra de Dios que a través de él irrumpe con fuerza en la historia humana: una palabra que urge al cambio y a la renovación. Todo tendrá que cambiar. Todo empezará a ser nuevo, porque todos verán la salvación de Dios.
- Esta palabra de Juan es como un *triple campanazo* que resuena también hoy entre nosotros exhortándonos a **despertar** del aturdimiento, el embotamiento y la rutina en que vivimos. Se van a vivir días preciosos, la salvación de Dios está a nuestro alcance, y quizás no estamos preparados. Hay que despertar, tenemos nuestras lámparas apagadas. Hemos olvidado las promesas de Dios, que están para cumplirse. Necesitamos salir del conformismo y la pasividad.
- Juan Bautista también nos insta a **cambiar**: *“recorrió toda la comarca del Jordán predicando un bautismo de conversión”*. Hay que preparar los caminos del Mesías, es decir, hay que cambiar enteramente el corazón, hay que cambiar de mentalidad tanto a nivel personal como eclesial. El papa ha inaugurado hace poco el sínodo 2021-2023, que es una llamada concreta de Dios a ponernos en camino para discernir su voluntad y encontrar los nuevos procesos que nos pueden ayudar a vivir la comunión, a mejorar la participación y a abrirnos a la misión de anunciar el evangelio. Es preciso desinstalarse y avanzar: donde haya depresión y vacío, hay que poner fe y esperanza; donde haya montes de soberbia, codicia e injusticia, poner humildad y caridad; donde haya curvas de mentiras y durezas de violencia, hay que poner sinceridad y perdón.
- Juan Bautista nos invita también a **esperar** con vehemencia. Hay mucha gente que ha perdido la esperanza y vive en la pasividad resignada. El que ha de venir está para llegar; Juan dice que viene detrás de él. Cuando él venga, *todos verán la salvación de Dios*, porque él es el Salvador, es Dios con nosotros. Él nos traerá la paz, la libertad, el perdón y la misericordia.
- Si tomamos en serio la invitación de Juan Bautista, la Salvación de Dios será una realidad cada vez más patente en nosotros y nos convertiremos en nuevos heraldos para la gente de nuestro tiempo, que atraeremos a muchos a Jesús para que en Él tengan vida.



III. SUBSIDIO LITÚRGICO

Monición inicial.

Nuestra peregrinación por el Adviento continúa al mismo tiempo que aumenta nuestra esperanza, pues sabemos que Dios vendrá a encontrarnos. Preparar los caminos del Señor y enderezar sus senderos constituye para nosotros una condición irrenunciable en nuestro propósito de salir al encuentro del Señor, cuyo retorno último y definitivo profesamos fervorosos en la celebración de cada eucaristía, ya que cada vez que comemos de su pan y bebemos de su cáliz, anunciamos su muerte hasta que vuelva. Participemos gozosos en este banquete dominical mientras, expectantes, aguardamos la venida de Jesús.

Al encender el segundo cirio de la corona:

(Inmediatamente después del saludo inicial)

Al iniciar la celebración del segundo domingo de adviento, encendemos el segundo cirio de esta corona, que señala nuestra gradual preparación a la llegada del Señor.

Le pedimos a Cristo que nos ayude a preparar el camino para su llegada, camino que debe ser una apertura del corazón a Dios y a los hermanos, aceptando la invitación que hoy se nos hace: "*Convertíos porque está cerca el reino de Dios*"

ORACIÓN AL ENCENDER LA SEGUNDA LUZ

En el segundo domingo de Adviento
nos llamas, Señor, a vestirnos de gala
porque tu gloria está a punto de manifestarse.

Juan bautista nos anuncia tu llegada
y nos llama a preparar tu sendero,
para así lucir un corazón bien dispuesto
y con frutos de justicia.

La luz de esta segunda vela que encendemos
es figura de tu esplendor y encierra la fe
que vuelve nuestro rostro hacia ti.

Ven, Señor de la vida; ven, Mesías esperado.



Monición a las lecturas.

Recorrer las sendas del Señor quiere decir encontrarse con Él. Sabemos que como en todo camino, no faltan los obstáculos que pueden entorpecer la marcha. En consecuencia, hacer una opción por Cristo y seguir sus pasos supone elegir como norma de vida la exigente vía del amor y la justicia, elección desde la cual es posible hacerle frente a las dificultades que hacen más escabrosa dicha peregrinación, que conduce finalmente al encuentro con el Señor. El testimonio de San Juan Bautista, el precursor del Señor, estimula nuestro espíritu mientras vamos haciendo camino.

Oración de fieles

Presidente: Invoquemos a Dios de quien procede todo bien para que nos ayude a acoger en la fe la venida del Salvador.

R/. Venga tu Reino, Señor.

1. Por toda la Iglesia: su testimonio de pobreza y servicio estimulen en los fieles y en la humanidad los principios del evangelio, oremos.
2. Por todos los pueblos de la tierra: empeñándose por establecer un orden social justo y caritativo, reconozcan y acojan a Cristo como Salvador del mundo, oremos.
3. Por todos los que trabajan por la paz y la justicia: sus esfuerzos redunden en la consecución de una sociedad libre de egoísmos y exclusiones, inspirando sentimientos y comportamientos cada vez más fraternos y solidarios, oremos.
4. Por todos los que sufren iniquidades: fortalecidos por el amor de Dios que todo sostiene, encuentren en la solidaridad de los hermanos respuesta a sus dramas y carencias, oremos.
5. Por todos nosotros aquí presentes: a la espera del Señor, sigamos esmerándonos por convertirnos totalmente a Él, para poder recibirlo con un corazón bien dispuesto, oremos.

Presidente: Imploramos sobre nosotros tu misericordia, Señor. Asístenos en nuestras necesidades y concédenos prepararnos convenientemente a la venida de tu Hijo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.